**Domingo 29º del TO. Ciclo A (18.10.2020): Mateo 22,15-21.**

**Toda tentación es poder ostentar el tener. POT.** Lo escribo CONTIGO,

Copio el comienzo del relato: *“Entonces los fariseos se fueron y celebraron consejo para buscar en las palabras del laico Jesús de Nazaret algún motivo para acusarlo”* (**Mateo 22,15-21**). Deseo señalar la importancia de la palabra **‘entonces’** (tóte, en griego; tunc, en latín), porque ella no se oirá en la proclamación de esta lectura evangélica en las celebraciones dominicales.

Este ‘entonces’, creo, es algo más que un mero adverbio de tiempo. Es ‘el contexto’. Es decir, el tiempo, el espacio y sus diversos complementos o las ‘circunstancias’ de las que habló en su época un pensador español. El espacio evocado en este ‘entonces’ es el Templo de Jerusalén, el interior del mismo, el lugar en el que pueden reunirse personas para hablarse y escucharse.

Este ‘entonces’ evoca el tiempo preciso en que han dejado de hablarse y escucharse las autoridades del Templo y el propio Jesús de Nazaret. Sólo ‘entonces’ se atrevieron los fariseos a acercarse a aquel personaje de la Galilea para tratar de ‘cazarlo con alguna de sus trampas’ y poder condenarlo, como primer paso, al ‘silencio’ y, luego, al ‘silencio de los muertos’.

Y creo también que este ‘entonces’ pone en alerta a los lectores sobre el deshumanizado interés de las autoridades fariseas que llegan a ser capaces de unirse con sus irreconciliables enemigos los partidarios de Herodes para conseguir las pruebas con las que acusar al judío Jesús que se ha atrevido a cuestionar y denunciar la autoridad de la Ley y del Templo.

**Estos fariseos y herodianos** desean acusar a este hombre de la Galilea de colaboracionista con Roma, el imperio opresor, amo y señor de la tierra de Israel con sus habitantes. El narrador se lo advierte explícitamente a sus lectores: *“Jesús se dio cuenta de sus perversas intenciones y les respondió: Hipócritas, ¿por qué me tentáis?”* (Mt 22,18).

Una vez más el Evangelista nos presenta a su Jesús tentado. Esta vez en el Templo de la religión por la autoridad farisea. Antes lo fue en el comienzo de su viaje a Jerusalén, en Cesarea de Felipe y por sus propios seguidores ‘los DOCE’ (Mt 16,13-28). Y anteriormente, antes de los inicios de su evangelización, en el desierto por Satanás, el diablo (Mt 4,1-11).

Si se contemplan despacio y se analizan con serenidad estos relatos sobre las tentaciones de Jesús, se constatará que hay un denominador común llamado poder en el corazón de toda propuesta tentadora: el poder mandar del Emperador romano, el poder ostentar del Mesías judío y el poder tener del Dinero que es el dios y mesías siempre de todo: *“Ellos le presentaron un denario y él les preguntó: ¿De quién es esta imagen y su inscripción?”* (Mt 22,19-20).

Aquella tan peculiar comisión que bien podría llamarse del fariseísmo herodiano, o del modo como suelen abrazarse los extremismos extremos, al escuchar la sabiduría de las palabras de aquel laico y galileo del norte *“se quedaron sorprendidos, maravillados, boquiabiertos, asombrados y sin palabras. Se dieron media vuelta y se marcharon por donde habían venido”* (Mt 22,22). Este versículo no se nos leerá al pueblo. ¿Por qué la sabiduría de los maestros de la liturgia vaticana nos impiden, en el Ciclo A de Mateo, escuchar estas palabras del Evangelista?

**Domingo 47º de ‘Los Hechos de los Apóstoles’ (18.10.2020): Hch 26,1-23.**

***“Ellos sí escucharán”*** (Hechos 28,28-29)

*“El rey Agripa dijo a Pablo: se te permite hablar en tu descargo. Pablo extendió la mano y comenzó su defensa”* (Hechos 26,1).

A partir de este momento el narrador Lucas nos transcribe palabra por palabra el discurso de la defensa de Pablo ante el rey Agripa y su esposa Berenice, ante el gobernador romano Festo, ante los tribunos y las personalidades de la máxima relevancia de la ciudad de Cesarea del Mar (Hch 26,2-23). Cada vez que me leo seguido y completo este discurso me sorprendo más del mensaje y más interrogantes se me despiertan en mis adentros.

Y en este proceso no dejo de recordar un sabio criterio del buen biblista de nuestros días que es Jaime Vázquez Allegue que, al final de un excelente párrafo sobre la historia y sus interpretaciones, escribe inteligentemente lo siguiente: *“En cierto sentido, podemos afirmar que la historia la hacemos con los acontecimientos que han sucedido y con los que desearíamos que hubieran sucedido”* (página 52 de su libro ‘Guía de la Biblia’ en Editorial Verbo Divino, 2019). Creo que nuestro Lucas maneja diestramente ambas posibilidades.

El narrador Lucas, presumiblemente bien informado como concienzudo investigador según nos lo anunció en el inicio de su obra (Lc 1,1-4), escribe para sus lectores la tercera entrega del acontecimiento que al parecer vivió el propio Pablo y que se le suele denominar ‘conversión’, acontecida en ‘el camino de Jerusalén a Damasco’. La primera narración la encontramos en Hch 9,1-19; la segunda quedó escrita en Hch 22,1-21. Conviene hacer la lectura sinóptica de los tres relatos para constatar tanto las evidentes coincidencias como también sus divergencias.

En **la primera parte** del discurso (Hch 26,2-8), Pablo se presenta y define como ‘el buen judío’: *“viví desde hace mucho como fariseo, la secta más estricta de nuestra religión... ¿por qué os parece increíble que Dios resucite a los muertos?”* (Hch 26,5). ¿Será el centro de la fe paulina?

En **la segunda parte** del discurso (Hch 26,9-11), Pablo se confiesa haber sido en otros tiempos un fanático perseguidor de aquellas gentes que se atrevieron a vivir como lo habían aprendido de aquel judío llamado Jesús de Nazaret. Un judío perseguidor de otro judío por asuntos del creo judío. ¿Habrá peor cuña que la de la misma madera? ¿Toda religión divide y enfrenta? Sí.

En **la tercera parte** del discurso (Hch 26,12-18), Pablo cuenta la experiencia vivida en el camino de Damasco. Nada recuerda de la caída de ninguna caballería. Nada recuerda de la estancia en Damasco ni de la presencia de un tal ‘Ananías’. Entre la persona de Pablo y del Señor no parece existir ninguna mediación, ningún acompañamiento. Nada ni nadie. Tal vez, ¡sólo el narrador!

Por fin, en **la cuarta parte** del discurso (Hch 26,19-23), Pablo vuelve a confesarse ‘buen judío’, tanto ahora como en todo momento de su evangelización: *“No añado nada a lo que predijeron Moisés y los Profetas, que el Mesías tenía que padecer y resucitar”* (Hch 26,23). Ni una palabra explícita sobre Jesús, su vida, judío de carne y hueso, galileo, laico, denunciador de injusticias, liberador de enfermos, pecadores, mujeres, gentiles, deshumanizados... **¡Ciertamente curioso!**